

La interpretación dominante en Uruguay sobre los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza*

Juan Manuel Casal**

Resumen. En ausencia de una justificación de la intervención uruguaya en la Guerra del Paraguay, fue un representante de los opositores a la misma, Luis A. de Herrera, quien produjo los primeros estudios significativos. Estos estudios, publicados entre 1908 y 1952, atribuyeron las causas de la guerra a la previa invasión de Uruguay por el Gral. Venancio Flores, con apoyo de Argentina y Brasil, y al enfrentamiento estructural entre Buenos Aires y las provincias argentinas, del cual la campaña contra Paraguay habría sido una instancia más. A partir de mediados del siglo XX, el influyente periódico *Marcha* de Montevideo adhirió a la interpretación de Herrera y la popularizó—aunque mediada por las tesis y teorías de otros autores—entre el público lector uruguayo. Desde entonces, ésta ha sido la interpretación dominante en Uruguay sobre los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza.

Palabras clave: Guerra del Paraguay; Luis Alberto de Herrera; Semanario *Marcha*.

The dominant opinion in Uruguay on the origins of the War of the Triple Alliance

Abstract. Since there was no justifying reason for the intervention of Uruguay against Paraguay, it was one of the opponents to the war, Luis A. de Herrera, who published the first important studies on the conflict. These studies, published between 1908 and 1952, attributed the invasion of Uruguay by General Venancio Flores, coupled to the structural conflict between Buenos Aires and the Argentine Provinces as the causes of war. He received the support of Argentina and Brazil but the campaign against Paraguay was just one more conflict. The highly influential Montevideo weekly magazine *Marcha* supported Herrera's interpretation as from the 1950s and disseminated the version among the Uruguayan public. However, the interpretation was also mediated by several theses and theories by different authors. It has been Uruguay's dominant interpretation on the origins of the War of the Triple Alliance ever since.

Keywords: Paraguay war; Luis Alberto de Herrera; Weekly magazine *Marcha*.

* Fecha de recepción del artículo: 03/06/2015. Fecha de aprobación: 24/08/2015.

** Professor da Universidade de Montevideo, Uruguay. E-mail: jcasal@um.edu.uy

A interpretação dominante no Uruguai sobre as origens da Guerra da Tríplice Aliança

Resumo. Na ausência de uma justificativa para a intervenção do Uruguai na Guerra do Paraguai, foi um representante dos opositores da mesma, Luis A. de Herrera, quem produziu os primeiros estudos significativos. Estes estudos, publicados entre 1908 e 1952, atribuíram as causas da guerra à previa invasão do Uruguai pelo Gral. Venâncio Flores, com o apoio da Argentina e do Brasil, e a confrontação estrutural entre Buenos Aires e as províncias argentinas, da qual a campanha contra o Paraguai teria sido uma instância a mais. A partir de meados do século XX, o influente jornal *Marcha* de Montevideu aderiu a interpretação de Herrera e a popularizou - embora mediada pelas teses e teorias de outros autores - entre o público leitor uruguaio. Desde então, esta tem sido a interpretação dominante no Uruguai sobre as origens da Guerra da Tríplice Aliança.

Palavras chave: Guerra do Paraguai; Luis Alberto de Herrera; Jornal *Marcha*.

La Guerra de la Triple Alianza siempre ha sido un recuerdo incómodo para los uruguayos. La razón radica en que esta guerra no fue una causa “nacional” uruguaya, sino el emprendimiento de una de las dos facciones políticas rivales en aquel entonces existentes en el país o, más precisamente, de una fracción de una de esas facciones (CASAL, 2004). Esta fracción era el sector “florista” o tradicionalista del Partido Colorado uruguayo, que acaudillaba el General Venancio Flores. La facción opuesta, el Partido Blanco, había sido aliada del Paraguay en la contienda y la otra fracción del Partido Colorado, la mayormente urbana y “doctoral”—por oposición a la mayormente rural y “caudillesca”—para usar los términos de una conocida interpretación dicotómica de la historia uruguaya (ZUM FELDE, 1945), había acompañado sólo tibiamente la participación del General Flores en la guerra contra Paraguay.

La historiografía uruguaya posterior a la guerra evitó tratar el conflicto, así como los años precedentes de luchas banderizas, los cuales

encerraban las causas ocasionales del mismo, a saber: la invasión del Gral. Flores al Uruguay, con apoyo argentino, para derrocar al gobierno blanco; la solicitud de auxilio de este último a Paraguay, la protesta del gobierno paraguayo contra la también amenazante actitud de Brasil hacia Uruguay, y la efectiva intervención militar de Brasil en territorio uruguayo, a la que Paraguay respondió apresando un buque brasileño, rompiendo relaciones con el Imperio, e invadiendo la provincia brasileña de Mato Grosso, precipitándose así la guerra (CASAL, 2006). En 1892, el historiador uruguayo Víctor Arreguine lamentaba que el programa de historia de las escuelas—para satisfacer el cual era escrito el mayor número de obras históricas—no requiriera “de la historia del país noticia alguna, que pase de 1852.” Ese año—el de la derrota del régimen de Juan Manuel de Rosas en la Argentina por la alianza del Gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, el Imperio del Brasil, los unitarios argentinos, y los colorados uruguayos—eran para los historiadores, según Arreguine, una “especie de columna de Hércules, más allá de la cual no se pasa” (ARREGUINE, 1892, p. vi-vii¹).

Consecuentemente, la historiografía que pudo ser afín a la facción política colorada que en 1865 triunfara en Uruguay, llevara el país a la guerra en Paraguay, y se mantuviera en el poder desde aquella fecha hasta mediados del siglo XX, desatendió la tarea de crear una doctrina, o al menos una tesis justificativa, sobre la intervención del país en el conflicto. Apenas algunos autores—y sólo ocasionalmente—se remitieron al reiterado argumento de que la intervención fue precisa para ayudar a deponer al tirano que esclavizaba al pueblo del Paraguay.¹ De este modo quedó abierto el camino para que un

¹ Por ejemplo, Araújo (1901, p. 166), quien reiteraba aquella conseja de que los paraguayos resistían a los aliados porque sus jefes les “habían hecho creer que aunque muriesen combatiendo, resucitarían en la Asunción,” única explicación posible para el autor de “la exaltación con que defendían su causa los soldados del tirano López.” Véase también Conte (1897), una colección documental; y *La Defensa de Montevideo y la Guerra del Paraguay. Discursos de los diputados Ubaldo Ramón Guerra y Julio María Sosa*, folleto publicado en 1907 con motivo de la discusión parlamentaria de un proyecto de ley de asignación de sueldos a veteranos militares.

representante de la facción opuesta, la de los blancos, fuera el primero en emprender un estudio en profundidad de las causas de la guerra. Este autor fue Luis Alberto de Herrera, quien abordó el tema en *La diplomacia oriental en el Paraguay* (1908-1911).

El propósito de Herrera en ese libro, como él mismo lo hiciera manifiesto, fue esclarecer y reivindicar la actuación de su padre, Juan José de Herrera, quien durante las finalmente defenestradas administraciones blancas fuera primero encargado de negocios uruguayo en Asunción (1862), comisionado por el presidente Bernardo Berro para gestionar la ayuda de Paraguay contra la invasión del Gral. Flores, y luego ministro de relaciones exteriores (1863-1864) de los gobiernos de Berro y de Atanasio Aguirre, el presidente que finalizara su mandato poco antes de la victoria de Flores en 1865. Se sigue de esto, que el propósito de Herrera era también defender y reivindicar el rol desempeñado por el Partido Blanco en aquellos acontecimientos. En este sentido, su obra, esencialmente un comentario—en sus palabras, un “comentario intenso” (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 323)—de la importante documentación guardada por su padre e inédita hasta aquel momento, fue también una obra partidaria y militante. Como tal, adoptó un estilo de alegato, aunque a veces también ensayístico y provocativo, en ello auxiliado por la que fuera destacada como su “singular destreza para el vocablo feliz, para el uso del modismo” (REAL DE AZUA, 1969, p. 189). Su intención profesa iba aún más allá de la voluntad de probar sus tesis ante el público en general; ella era también “catequizar al adversario”; convencer inclusive a sus opositores. Para esa tarea adoptaba la argumentación del político: “se exige propaganda”, decía cuando pasaba a abordar la Guerra del Paraguay, “para socavar la montaña de calumnias levantada por los retóricos de la [Triple] Alianza”.²

² Correspondencia de Herrera con el historiador paraguayo Juan O’Leary, cit. en Reali (2011, p. 391-410).

En opinión de Herrera, tanto Uruguay como Paraguay habían sido víctimas de una conjura entre los gobiernos de Argentina y Brasil; a su juicio:

Fueron los consejeros del Emperador y fueron el general Bartolomé Mitre y sus ministros quienes otorgaron el triunfo a los revolucionarios del 63 [Flores] y quienes nos llevaron al Paraguay a colaborar, contra nuestra voluntad y nuestro interés, en la decapitación de un pueblo heroicamente valioso y leal amigo de nuestro pueblo (HERRERA, 1989, vol. 1, p.15).

Consecuentemente, como a menudo se ha repetido desde que Herrera por primera vez lo dijo, los orígenes de la Guerra del Paraguay se encontraban en la invasión del Uruguay por las fuerzas del Gral. Flores, apoyado por el gobierno argentino. “Es indiscutible”, escribía Herrera, “que la Triple Alianza y sus concomitancias son una proyección directa de la guerra civil uruguaya.” A su modo de ver, sin embargo, el objetivo de gobierno del Gral. Mitre en Argentina desde un principio había sido el Paraguay, y la invasión de Uruguay por Flores el primer paso para alcanzarlo; así decía que “Buenos Aires fue la eterna enemiga del Paraguay, de sus ideales, de su comercio, de su crédito social, de su prosperidad; en una palabra, de su independencia” (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 175). El inconfeso propósito de la administración Mitre, portadora de los ancestrales intereses de Buenos Aires, era reabsorber el Paraguay en el territorio argentino, como una de sus provincias, como lo había sido en la época virreinal. Con Juan Bautista Alberdi, pensaba Herrera que “el asalto al Paraguay marcaba simplemente otra instancia del duelo, sin término, entre Buenos Aires y las Provincias [argentinas]” (HERRERA, 1990b, p. 224) de las cuales tanto Uruguay como Paraguay habían formado parte. El Brasil, por su lado, de antiguo mantenía un pleito de límites con Paraguay, y ahora, cuando en 1862 vencía el plazo estipulado para liquidar dicha disputa, según Herrera (1989, vol.1, p. 229):

Ambas partes esperaban ese término aprontándose para la guerra. El Paraguay no estaba dispuesto a consentir el cercenamiento de una frontera que creía legítimamente suya y siempre reivindicada [...] Por su parte el Brasil no ignoraba estas

disposiciones altivas, a la vez de sentirse incomodado por las veleidades seriamente autonómicas de su antiguo protegido frente a Rosas, reacio a aceptar la situación de vulgar satélite [...] Decidido a plantear el conflicto y temeroso de una coalición defensiva—formada por el Paraguay, Entre Ríos, Corrientes y el Uruguay, unificadas estas cuatro fracciones del antiguo virreinato por zozobras comunes, por el odio de Buenos Aires y por su enemistad al enemigo del norte—el Imperio confió a su diplomacia la conquista de las primeras victorias. Así vemos a su gobierno evolucionando a favor de los revolucionarios uruguayos y a sus representantes en el Plata negociando el acuerdo con el general Mitre³.

Había sido aquella “complicidad argentino-brasileña en el derrocamiento de nuestras autoridades constituidas”, decía Herrera, la que “inclinó al presidente Berro a pactar un alianza defensiva con el Paraguay.” La búsqueda del apoyo y auxilio paraguayo proyectada por Berro y procurada por su padre, Juan José de Herrera, había sido “lógica, natural [e] instintiva” pues Paraguay “era entonces, y en relación al medio, una gran potencia”, de “formidable poder guerrero” que “desde muchos años atrás venia fortificando su organización armada” y, consiguientemente, podía brindar a Uruguay el auxilio militar que éste necesitaba (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 22, 55, 278). Paraguay despertaba el recelo de sus vecinos precisamente por ese incremento de su capacidad militar, aunque, consideraba Herrera, aquella fuera una “militarización sin desplante belicoso; [de] simple prudencia [...] para atacar si lo atacan” (HERRERA, 1989, vol. 2, p. 239). “Alguna vez se ha argumentado”, decía Herrera, “que el Paraguay era, en este hemisferio, la encarnación viva de la barbarie, peligrosa para sus vecinos...” Para Herrera, este argumento era un “cúmulo de grandes falsedades”, aunque no por ello justificaba el régimen de Francisco Solano López. “Muy lejos de nuestro pensamiento la idea de alabar a

³ La posible alianza de Uruguay, Paraguay, Entre Ríos y Corrientes había sido previamente explorada por la diplomacia uruguaya en 1846, durante el conflicto entre el gobierno de Montevideo, presidido por Joaquín Suárez, y el de Buenos Aires, regido por Juan Manuel de Rosas. Herrera entendía que “la sabia política exterior del gobierno de don Bernardo Berro”, ejecutada por su padre, Juan José de Herrera, era “simplemente la confirmación esclarecida de la sabia política exterior del gobierno de don Joaquín Suárez” (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 303).

López como tipo de mandatario”, decía, “ni de justificar sus demencias criminales de la época apocalíptica”; no existía excusa posible “para las carnicerías espantosas de San Fernando y de Lomas Valentinas” (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 84-85; vol. 2, p. 310).

De este modo, Herrera concluía que si bien la “causa ocasional” de la guerra había sido la invasión de Flores a Uruguay, el conflicto había sido consecuencia de causas más constantes u “orgánicas”:

Ya hemos dicho que la causa ocasional del drama paraguayo estriba en nuestra guerra civil y en las complicaciones de la invasión traída a nuestro territorio por las tropas imperiales aliadas al general Flores. Pero en segundo plano militan las causas orgánicas, fundamentales. Consisten ellas en la hostilidad histórica de Buenos Aires y del Brasil a la república mediterránea. Simplemente señalan párrafos de esa prevención agria la cuestión de límites con la Confederación [Argentina] y la cuestión de límites con el Imperio; el temor naciente que inspiraba el desarrollo militar del Paraguay; y la sorda irritación de los poderosos vecinos en presencia de esa altiva nacionalidad interior que no se había sometido, en cincuenta años de vida libre, a sus imposiciones autoritarias (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 248).

Pero, si la responsabilidad de los hechos que llevaron a la Guerra del Paraguay recaía tanto en Buenos Aires como en Brasil, Herrera estaba convencido de que la culpa mayor correspondía a Buenos Aires, o más precisamente, al Gral. Mitre. En *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay* (1919) escribía:

El presidente Mitre pudo y debió evitar la invasión del 63. Producida, en todo momento la sirve; crea dificultades odiosas al gobierno atacado; aplaude la alevosa intervención del Imperio en nuestro país; lo ayuda en la consumación del atentado y, finalmente, con él sella la alianza contra el Paraguay molesto, cuya personalidad y autonomía irritan (HERRERA, 1990b, p. 136-137).

A este parecer dio Herrera más completo desarrollo en *El drama del 65: La culpa mitrista* (1926), publicando y comentando numerosos documentos

demostrativos del apoyo de la administración Mitre a la invasión de Flores a Uruguay, incluyendo correspondencia oficial y particular; editoriales y artículos de la virulenta prensa que respondía al presidente argentino y que, según Herrera, había precipitado y hasta engendrado esos acontecimientos; y testimonios de testigos y actores sobrevivientes de aquel tiempo turbulento (HERRERA, 1965, vol. 1, caps. II-X; vol. 2, p. 247-300). De similar modo, alegó que el objetivo de Mitre en la Guerra del Paraguay no había sido tanto derribar a López como anexas territorios (HERRERA, 1965, vol. 1, caps. XII-XX); y exhibió abundante correspondencia diplomática reveladora de las negociaciones que culminaron en el tratado de la Triple Alianza y acerca de la discordia entre Brasil y Argentina con respecto a las zonas paraguayas sobre las que se arrogaban derechos (HERRERA, 1965, vol. 1, caps. XXIII-XXVI; vol. 2, caps. LXVI-LXVII). Denunció asimismo el reclutamiento forzoso de soldados paraguayos capturados por las fuerzas de la Alianza (HERRERA, 1965, vol. 1, caps. XXVII-XXVIII); defendió la actitud de Paraguay en la declaración de guerra a Argentina (HERRERA, 1965, vol. 2, caps. LXI-LXV); y reiteradamente volvió sobre el tema de la responsabilidad de Mitre en la desestabilización del Uruguay. “Ahí radica la gran culpa del presidente Mitre”, decía. “Por su gracia”, el alzamiento de Flores contra el gobierno de Berro, “una rebelión como tantas otras [que habían ocurrido en Uruguay], sin la menor probabilidad de victoria total, se convierte en campaña arrolladora, de resultados ciertos.” El gobierno de Mitre, “no sólo prestó vitalidad a la invasión, sino que le procuró la alianza imperial” que le dio la victoria (HERRERA, 1965, vol. 2, p. 9, 24).

La última obra publicada por Herrera, ya en su vejez, sobre los acontecimientos desencadenados en Uruguay por la invasión del Gral. Flores y sobre las causas de la Guerra del Paraguay, fue *Antes y después de la Triple Alianza* (1951-52). Esta obra fundamentalmente reproduce temas y argumentos

desarrollados en las anteriores, aunque lo hace aportando nuevos documentos de prueba y desarrollando con mayor detalle ciertos asuntos, tales como los antecedentes diplomáticos, económicos y sociales de la intervención brasileña de 1864 en Uruguay (HERRERA, 1990a, vol. 1, p. 145-179, 207-235, 336-390; vol. 2, p. 3-25) y las características progresistas, “de progreso en todo” y de “prosperidad común” del gobierno de Bernardo Berro, contra quien Flores se alzó (HERRERA, 1990a, vol. 1, p. 56-60; vol. 2, p. 135-152).

Ya al finalizar la redacción del primer volumen de *La diplomacia oriental*, Herrera había podido preciarse de que “la opinión uruguaya reconoce en la actualidad, sin una sola discrepancia, que nuestra concurrencia a la guerra del Paraguay fue un gran error internacional” (HERRERA, 1989, vol. 1, p. 274). Del mismo modo que anteriormente no hubiera mayor defensa de la participación de Flores en la Guerra del Paraguay, tampoco hubo nadie en Uruguay que saliera al cruce de los documentados argumentos de Herrera durante el periodo de más de cuarenta años que separan *La diplomacia oriental en el Paraguay* de *Antes y después de la Triple Alianza*; ni lo hubo después. Su interpretación había arraigado definitivamente en la clase política tradicional uruguaya; aplaudida por los blancos, los colorados la toleraron en silencio. En la década de 1930, el historiador de más relieve vinculado al Partido Colorado uruguayo, Eduardo Acevedo, aunque no mencionando a Herrera y basándose exclusivamente en fuentes primarias, según recomendaba la escuela histórica erudita (o “positivista”) de su tiempo, también remitió a la política de Mitre y a la invasión del Gral. Flores los orígenes de la Guerra del Paraguay (ACEVEDO, 1933-36, vol. 3, p. 62-117). Otro tanto hizo a principios de la década de 1940 el más destacado historiador afiliado al Partido Nacional (o Blanco), Juan E. Pivel Devoto, asimismo observante de los criterios de objetividad y de la metodología exigida por la historia erudita. Al igual que Acevedo, apoyándose únicamente en fuentes primarias, concluía que:

La actitud de éste [el Gral. Venancio Flores] en 1863 difícilmente podrá ser justificada, si al encarar dicho momento se desvincula el problema oriental de las graves cuestiones que entonces complicaban la situación internacional del Río de la Plata. La revolución de 1863, que podría atribuirse en su origen a un pleito local, propio de nuestra política, no era ajena al interés que existía en dilucidar aquellas cuestiones. Iniciada con la complacencia del Gobierno de Buenos Aires y finalizada con la intervención a su favor de las armas brasileñas, que vinieron al Río de la Plata a conservar el equilibrio que la influencia de Mitre en el Uruguay amenazaba romper, fue, además, aún cuando ello fuera ajeno a los propósitos del General Flores, la etapa previa que unió a los aliados de la guerra contra el Paraguay (PIVEL DEVOTO, 1942-43, vol. 1, p. 373).

Mientras estos historiadores no se remitían a las tesis de Herrera,⁴ el manual de historia uruguaya más popular e influyente sobre varias generaciones de docentes y estudiantes durante esas décadas y al menos también durante la siguiente, el *Ensayo de historia patria* de H. D. [Hermano Damasceno, seudónimo de Eduardo Perret], en sus ediciones posteriores a la publicación de *El drama del 65*, expresamente adhirió a las tesis de Herrera para enseñar los orígenes del conflicto.⁵

Sin discrepar con Herrera, e inclusive utilizando la profusa documentación que él diera a conocer y hasta algunos de sus argumentos, pero sin afiliarse en un todo a sus puntos de vista, otra interpretación de las causas de la Guerra de la Triple Alianza comenzó a tomar forma después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Al impulso de la euforia producida por la victoria de los aliados, cuya causa los uruguayos habían apoyado de modo prácticamente unánime, se esperaba—como en Europa y otras partes del mundo—que de esa victoria resultara el advenimiento de grandes cambios sociales y políticos que fortalecieran y profundizaran las democracias y aseguraran una paz permanente entre las naciones. En 1945, el país gozaba de

⁴ Pivel Devoto recurriría, sin embargo, a la información provista por Herrera—más que a sus argumentos—como puede comprobarse en su *Historia de la República Oriental del Uruguay* (PIVEL DEVOTO; RANIERI DE PIVEL, 1956, p. 294-299).

⁵ Véase, por ejemplo la 10ª edición de esta obra (H. D., 1955, vol. 2, p. 201-217).

plena constitucionalidad y liberalmente había abierto sus puertas a activistas políticos y sociales desterrados o emigrados de países vecinos, como Argentina y Paraguay, donde imperaban gobiernos de fuerza. En octubre de ese año, por ejemplo, en el Ateneo de Montevideo tuvo lugar un concurrido acto donde exiliados paraguayos, como los expresidentes José Patricio Guggiari y Ramón Franco, fustigaron el régimen dictatorial instalado en su tierra por el Gral. Higinio Morínigo. El acto fue presidido un miembro del gabinete ministerial uruguayo, en demostración del apoyo que el gobierno otorgaba a los opositores paraguayos (*El Paraguayo*, 28 oct. 1945, p. 1). El Coronel Franco recibió asimismo apoyo del influyente semanario *Marcha* de Montevideo,⁶ exponente de un nacionalismo de izquierdas que mostraba coincidencias con las izquierdas internacionalistas (socialistas y comunistas) así como también con las interpretaciones históricas de Herrera, como muestra una nota editorial de agosto de 1946, titulada “La sombra de Venancio Flores”:

Más de una vez hemos destacado la importancia que tiene el trágico episodio de la Triple Alianza, como nudo histórico creador de un régimen económico y político solidario, en lo nacional y lo internacional de los países platenses. El obrero fundamental de ese régimen, cuyo nacimiento coincide con la penetración efectiva del capital imperialista, fue Mitre. Fuera de la Argentina, inició su obra en el Uruguay lanzando a Venancio Flores contra el progresista gobierno de Bernardo Berro, para instaurar, a través de su dictadura personal, el predominio no interrumpido hasta hoy del Partido Colorado. La continuó luego en el Paraguay, a donde fue personalmente, con la ayuda del decadente Imperio brasileño y de su asistente Flores a entronizar, sobre el cadáver de un pueblo, un régimen político cuya descendencia histórica está constituida por el

⁶ En una nota sin firma y por tanto expresiva de la política editorial del semanario, *Marcha* anunciaba en julio de 1946 que el “Coronel Ramón Franco, como se sabe exiliado desde hace años en Montevideo y viejo amigo de esta hoja” así como “ilustre héroe del Chaco y Jefe de la Revolución de Febrero” estaba considerando regresar a su patria en ocasión de un pronunciamiento militar con apoyo popular que podría obligar a Morínigo a “conceder algunas libertades fundamentales” y estaría dispuesto “a una reorganización de su gobierno sobre la base de una coalición de colorados y febreristas y la convocatoria de una Asamblea Constituyente” (MARCHA, 19 jul. 1946, p. 5). En otro suelto sin firma algunos días después, *Marcha* formulaba “votos porque su regreso constituya un poderoso factor en favor de la definitiva normalización democrática del país hermano” (MARCHA, 26 jul. 1946, p. 5).

actual Partido Liberal. El espíritu de la Triple Alianza, el espíritu del mayor crimen en la historia de América, no está muerto todavía (MARCHA, Montevideo, 30 ago. 1946, p. 5).

La alusión crítica que *Marcha* por igual hacía al Partido Colorado paraguayo y al Partido Liberal, entendiendo que éste mantenía un “largo entendimiento histórico” con los colorados uruguayos, entendimiento que tenía un “origen muy definido en la guerra del Paraguay” (MARCHA, 30 ago. 1946, p. 5), fue oportunamente agradecida por el Cnel. Franco, quien también felicitó por ella a Carlos Quijano, director del semanario.⁷ Debe hacerse notar aquí que *Marcha* fue uno de los más importantes emprendimientos periodísticos realizados en Uruguay en el siglo XX. Este semanario cumplió una función sin paralelo en la formación de opiniones y actitudes sociales y políticas que marcaron indeleblemente a varias generaciones de lectores. *Marcha* también fue expresión de la que el crítico literario Ángel Rama, en un ampliamente difundido ensayo, denominara “generación crítica” uruguaya (RAMA, 1971), y que otros simplemente llamaran “generación de *Marcha*,” la cual tuvo un rol significativo en la radicalización política de la clase media intelectual uruguaya en la década de 1960. La adhesión de *Marcha* a la interpretación de Herrera sobre las causas de la Guerra del Paraguay fue decisiva para la popularización de la misma—aunque, como se verá, mediada por las tesis y teorías de otros autores vinculados al semanario—entre el público lector uruguayo.

Fue en *Marcha* que en 1946, en medio de aquel generalizado ambiente de solidaridad con el exilio paraguayo, Roberto Ares Pons presentó un novedoso enfoque sobre el Paraguay en la época del “Supremo Dictador”

⁷ Carta de Franco a Quijano, publicada en *Marcha* (13 sep. 1946, p. 5). En su juventud, Carlos Quijano había sido dirigente del ala izquierda del Partido Nacional, al cual intentó encaminar hacia posiciones de “democracia social” y de “izquierda nacional.” Estos empeños fueron derrotados por Herrera, quien controlaba las mayorías partidarias. Quijano culpaba a Herrera y a la antigua guardia del partido por haber conducido a éste “hacia el personalismo, la demagogia y la derechización” (CAETANO; RILLA, 1986, p. 112-118).

José Gaspar Rodríguez de Francia. Escribía Ares Pons en un artículo titulado “Una revolución social ignorada”:

Dueño de todos los resortes del poder, [Francia] llevo a cabo una política de consecuente defensa de los intereses populares, tomó medidas netamente socialistas que aseguraron una más equitativa distribución de la riqueza, reduciendo a una mínima expresión la explotación del hombre por el hombre [...] A la luz de esta realidad indiscutible puede definirse la dictadura francista como un régimen democrático-revolucionario de predominio de las clases trabajadoras, empeñado en la progresiva socialización de los instrumentos de producción y de cambio. La historiografía existente no registra, salvo contadas excepciones, este contenido esencial [...] Los intereses del imperialismo extranjero y de las oligarquías feudal-burguesas, los prejuicios liberales y los prejuicios clericales, todo ello se coaliga para obstruir el esclarecimiento y la valorización adecuada del gobierno de Francia [...] La política exterior del régimen francista, continuada posteriormente por los López, responde a un inexorable trazado, tiene como objetivo básico la constitución de una economía independiente y progresiva (MARCHA, 13 sep. 1946, p. 18, 24).

De este modo, el Dictador Francia habría puesto en marcha un singular experimento socialista que resultó en el desarrollo de “una economía independiente y progresiva” a cuyo avance también contribuyeron sus sucesores, Carlos Antonio López y Francisco Solano López. Ares Pons era marxista⁸ y esta caracterización suya del régimen de Francia, según después él mismo hizo constar,⁹ había sido influenciada por su lectura de la *Nueva historia de América Latina* de Sergei Nikolaevich Rostovski, Vladimir Mikhailovich Miroshchevski, y B. K. Rubtsov, de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, publicada en 1941 y presentada como primer tomo de una historia de

⁸ Anota Real de Azúa: “Originado en el comunismo [...] Ares descubrió también un día que existían en la historia ‘comunidades nacionales’ diferenciadas, dotadas de una textura que ayudaba a su resistencia frente a la aplanadora imperialista” (REAL DE AZÚA, 1964, vol. 2, p. 536).

⁹ “En mi juventud” escribiría Ares Pons cuarenta años después, “la lectura de una semblanza del doctor Francia, en un folleto de Víctor Arreguine titulado *Tiranos de América*, me dio la pista necesaria para atisbar que había allí algo muy diferente de lo que sostenía la leyenda negra [...] La curiosidad y el interés que me despertó esa vislumbre, me llevó a confirmarla leyendo la *Nueva historia de la América Latina* escrita por profesores de la Academia de Ciencias de la URSS, y el libro de Julio César Chávez, *El Supremo Dictador*. (ARES PONS, 1987, p. 9).

los “países coloniales y dependientes” (ROSTOVSKI; MIROSHEVSKI; RUBTSOV, 1941). Para estas fechas, una primera tradición soviética de estudios históricos latinoamericanistas, principalmente preocupada por establecer el carácter social de la guerra de independencia—es decir, si había sido simplemente un movimiento de “separatistas criollos sin bases sociales” o una revolución burguesa—había puesto en uso el profuso material acopiado hasta ese momento por las distintas secciones latinoamericanas de la Internacional Comunista (SCHELCHKOV, 2002, p. 205-206) y trataba de hacer sentido en términos marxistas de la función social de personajes destacados, como el Dictador Francia. Para Ares Pons, el mérito de Francia—y después, de los López—había sido fortalecer el Estado y utilizarlo como instrumento de avance social. Este singularísimo avance, en el enfoque de Ares Pons, parecía ser hacia el socialismo, sin pasar por la etapa capitalista del desarrollo social postulada por la teoría marxista. Según Ares Pons:

Puede medirse la potencialidad económica y política acumulada por el Paraguay bajo la dirección de Francia, por la asombrosa vitalidad manifestada en el resto del siglo, por el grado de industrialización que había alcanzado cuando la guerra de 1865-70 dejó el camino expedito al capital imperialista, que hizo de aquel país de excepción un republiqueta más. Puede medirse el prestigio cobrado por el Estado entre las masas populares, por la adhesión que en dicha contienda le demostraron, por la increíble heroicidad que puso en su defensa este pueblo que no conocía la guerra (MARCHA, 27 set. 1946, p. 18).

En este párrafo puede notarse que la adhesión de “las masas populares” durante la Guerra del Paraguay es al “Estado” en cuanto estructura política impersonal y no necesariamente a la persona del Mariscal López. Destacar el papel del Estado en la elaboración de aquel experimento social era teóricamente necesario, puesto que no existía una “burguesía nacional” y menos aún un proletariado revolucionario que pudiesen haberlo conducido ya fuera hacia el capitalismo o hacia el socialismo. En cualquier caso, el resultado histórico de la Guerra de la Triple Alianza había sido aplastar la singular

“economía independiente y progresiva” paraguaya, para abrir el país al “capital imperialista.” Ares Pons no se expedía sobre las causas de la guerra, por lo que es dable asumir que en este aspecto adhería a la interpretación editorial de *Marcha*, a su vez inspirada en la de Herrera.

Con la interpretación de Herrera coincidía asimismo el que podría considerarse en aquel momento historiador oficial del Partido Comunista uruguayo, Francisco R. Pintos,¹⁰ en su *Historia del Uruguay*, publicada ese mismo año. En opinión de Pintos, la elección de Bernardo P. Berro en 1860 “fue la expresión del deseo y el propósito de la burguesía comercial y de las capas ganaderas más progresistas” del Uruguay y su programa de gobierno tenía un “contenido capitalista progresivo y de liberación nacional” (PINTOS, 1946, p. 33-34). Apoyándose, como Ares Pons, en el marco interpretativo general provisto por la *Nueva historia de América Latina* de la academia soviética, entendía Pintos que “como el Uruguay, el Paraguay unificado y fuerte, avanzaba hacia el capitalismo despertando recelos e inquietudes en los gobiernos de Buenos Aires y Río de Janeiro” (PINTOS, 1946, p. 38). Aunque Pintos y Ares Pons deducían consecuencias distintas de las mismas premisas, el primero afirmando que Paraguay avanzaba hacia el capitalismo y el segundo entendiendo que del “carácter popular, filo-socialista del gobierno de Francia” (MARCHA, 13 set. 1946, p. 24) había resultado un régimen económico-social *sui generis*—al que años después no dudará de calificar de socialista—que sería mantenido por los López,¹¹ ambos autores

¹⁰ Es “fundamentalmente con la producción de Francisco R. Pintos—considerado el precursor de la historiografía marxista [en Uruguay], que la estrategia cultural del Partido Comunista incorpora la dimensión historiográfica como un componente privilegiado de su incidencia en la sociedad uruguaya” (ZUBILLAGA, 2004, p. 197-198).

¹¹ “La gestión de gobierno de ambos López debe ser considerada, en sus rasgos esenciales, como un todo único,” escribiría Ares Pons tiempo después. “Y asimismo todo su periodo debe ser considerado como la continuación y culminación del proceso iniciado bajo el gobierno del doctor Francia”, pues “durante el gobierno de ambos López, la estructura básica de la economía y de la sociedad paraguaya no fue modificada, y se consolidaron sus tendencias socialistas” (ARES PONS, 1987, p. 72; 74).

coincidían en que la Guerra de la Triple Alianza había tenido como fin último detener el desarrollo económico progresista del Paraguay.

En la misma secuencia de razonamiento de Herrera, aunque a diferencia de él, con otro propósito y con una importante carga teórica,¹² Pintos comenzaba su análisis de los sucesos rioplatenses de 1863 a 1865 observando que, culminada bajo el gobierno de Mitre la etapa de unificación nacional, “la clase dominante argentina se aprestó a pasar a una segunda, teniendo como meta inmediata la reincorporación de la República Oriental [Uruguay]” a su territorio. En Brasil, entre tanto, “era insoportable para la monarquía—lo consideraba peligroso para sus intereses de clase y casta—el ejemplo viviente que ofrecían las libertades democráticas uruguayas” (PINTOS, 1946, p. 35-36). De este modo,

para hacer efectivos los planes de agresión contra el Paraguay y el Uruguay, el Gobierno Imperial decidió imponerse previamente a la República Oriental, asegurando la colaboración de un gobierno títere en este país para luego realizar la cruzada contra las fuerzas progresistas del Paraguay [...] El general Venancio Flores se convirtió una vez más en el instrumento de estos planes siniestros. Regresaba al país a encender la guerra civil reaccionaria por cuenta ajena, después de permanecer varios años en la Argentina al servicio de la oligarquía unitaria, interviniendo junto a Mitre en la lucha contra los federales, contra las masas campesinas en las provincias, que reclamaban el disfrute de sus derechos (PINTOS, 1946, p. 38-39).

También coincidía Pintos con Herrera en el concepto de que la Guerra del Paraguay había comenzado con la invasión de Flores a Uruguay. “La agresión al Paraguay” desde su punto de vista, “constituía la segunda etapa de la

¹² El propósito de Pintos era, claro está, ofrecer una interpretación marxista de la historia uruguaya. Por lo demás, Pintos estaba situado en las antípodas políticas de Herrera, quien entonces era líder de la fracción conservadora del Partido Nacional. A esto debe sumarse que, entre los partidos uruguayos tradicionales, Pintos identificaba a los colorados batllistas (seguidores de José Batlle y Ordóñez, líder reformista colorado de principios del siglo XX) con el progreso, y a los nacionalistas blancos con la reacción. Anteriormente había escrito que era “el Partido Comunista quien recoge las mejores tradiciones del batllismo, y en lo que corresponde en ellas se apoya, organiza y orienta la masa para completar la obra comenzada por Batlle (PINTOS, 1938, p. 140).

gran batalla de la reacción, victoriosa en esta parte de América del Sur, cuya primera fase se desarrolló dentro de las fronteras de la República Oriental, y cuyas proyecciones eran difíciles de prever” (PINTOS, 1946, p. 45).

Veinte años después, en uno de los primeros números de *Cuadernos de Marcha*, publicación mensual derivada del semanario *Marcha* y concebida para tratar en profundidad temas de la actualidad social y política del momento, así como asuntos de historia, literatura y filosofía,¹³ Hugo Licandro retomó los estudios uruguayos sobre los orígenes del conflicto (LICANDRO, 1967). Expresando que su propósito se limitaba a efectuar un “bosquejo de las opiniones vertidas por los autores que han tratado” el tema, puesto que su objetivo era “reseñar los puntos que cada uno de ellos estiman esenciales para comprender los orígenes de la guerra del Paraguay”, Licandro pasaba a resumir los juicios de Herrera y del historiador británico Pelham Horton Box acerca de que era necesario mirar al enfrentamiento entre Buenos Aires y las provincias argentinas para entender las causas profundas de la guerra. “Estos son juicios que ya recogen el consenso general, pero”, decía Licandro refiriéndose a Herrera, “es justo recordar que ha sido el político más que historiador uruguayo uno de los pioneros en esa orientación; por esa misma razón [Atilio] García Mellid lo considera uno de los fundadores del revisionismo” (LICANDRO, 1967, p. 71). El artículo de Licandro, sin embargo, no adhería por igual a todos los argumentos de Herrera, ni tampoco a los de los demás estudiosos cuyas interpretaciones allí comparaba y contrastaba—entre otros, Box, los argentinos Ramón J. Cárcano y García Mellid (el autor revisionista que introdujo la idea de que en las causas de la guerra había existido una determinación británica para detener el desarrollo económico del Paraguay), y los paraguayos Efraím Cardozo y Juan O’Leary.

¹³ *Cuadernos de Marcha*, como *Marcha* misma, fueron activos formadores de opinión sobre los temas que trataban. Para un estudio de *Cuadernos de Marcha*, véase Paula Couto (2008). Este autor ha publicado varios artículos sobre tema. Véase también Peirano Basso (2001).

En marzo de 1970, en ocasión el aniversario del combate de Cerro Corá, donde cayera el Mariscal López y fuera el último combate de la Guerra de la Triple Alianza, *Cuadernos de Marcha* dedicó otro de sus números al conflicto. Este *Cuaderno* incluía el texto del tratado de la Triple Alianza y su comentario por Juan Bautista Alberdi, una selección de los informes del cónsul general y encargado de negocios de Francia en Montevideo durante el conflicto, Pierre-Daniel-Martin Maillefer (tomados de la publicación académica *Revista Histórica*, que dirigía Pivel Devoto), y un artículo del historiador revisionista argentino José María Rosa, quien plenamente adhería a la opinión de Herrera acerca de que la invasión del Gral. Flores había sido “el acto inicial” de la Guerra del Paraguay (ROSA, 1970). Una nota que abría la publicación hacía notar la opinión editorial de *Marcha* de que esa guerra había marcado “una etapa histórica de extraordinaria importancia en la evolución de América Latina”, pero sobre la cual no abundaban los estudios uruguayos; con esa entrega de sus *Cuadernos*, *Marcha* aspiraba “a reabrir un camino” de estudios sobre el tema (*Paraguay: La guerra de Ayer*, p. 3).

Al año siguiente aparecía una de las obras de divulgación histórica que alcanzaran más popularidad en Uruguay antes del golpe de estado de 1973, la *Historia de los Orientales* de Carlos Machado. En el capítulo que dedica a “Flores y el crimen contra Paraguay”, Machado recurre a la documentación recogida por Herrera en *La culpa mitrista* para explicar la alianza de Flores con Mitre y, en particular para “probar la participación del mitrismo” en el cruento episodio de la toma de la ciudad uruguaya de Paysandú por Flores y fuerzas aliadas brasileñas (MACHADO, 1973, p. 208-210). En un reciente reportaje, Machado informaba que ese libro reflejaba el modo de ver de la que denomina “izquierda nacional” uruguaya, reivindicada en particular por algunos intelectuales del Partido Socialista, pero que de modo más general encontraba clara representación en las ideas que animaban el grupo editorial de *Marcha*. Con los representantes de esa tendencia política, decía Machado, “hicimos una revalorización, contra la corriente batllista

[colorada progresista] y liberal, del aporte herrerista, tan fuerte en la defensa de la soberanía.”¹⁴ Como consecuencia de la difusión del libro de Machado también cobró popularidad la tesis—previamente enunciada por el cónsul francés Maillefer—de que Inglaterra había patrocinado la invasión de Flores, así como también la de que la causa última de la Guerra del Paraguay se encontraba en el interés británico por asumir control de la economía del Paraguay y asirlo al sistema colonial de su imperio (MACHADO, 1973, p. 211; 216-238). Estas tesis concordaban con los objetivos asignados por Machado a su libro, de “indagar la injerencia del imperialismo” en la historia uruguaya “deteniéndose en aquellos puntos “más controvertidos y tergiversados” (MACHADO, 1973, p. 7); es decir, revisándola en el sentido que al término atribuía la historiografía revisionista.

Estos razonamientos también caracterizarán la obra de Vivan Trías, ex secretario general del Partido Socialista uruguayo y representante parlamentario del mismo hasta el golpe de 1973, e historiador manifiestamente anclado en la tendencia revisionista, quien en 1975, en Argentina, publicaría un estudio específicamente dedicado al Paraguay, donde al comenzar, escribía:

El imperio Británico fue, sin duda, el principal beneficiario de la destrucción del Paraguay de los López, luego de los cinco cruentos años de la guerra de la Triple Alianza. De ahí se ha deducido, y veremos con cuánta razón, que la larga y diestra mano de la “pérfida Albión” intervino, diligente, en la gestación de la pequeña nación paraguaya. Pero las dificultades saltan cuando se pretende fundar esa injerencia en documentos precisos, claros e incuestionables [...] No es raro, pues, encontrar historiadores que hayan descartado como “ligereza” la pretendida intervención británica en los sucesos que llevaron al drama de 1865. La solución, a nuestro entender, no estriba tanto en revolver minuciosa e infatigablemente los archivos del Foreign Office (aunque allí ya se han encontrado indicios muy interesantes según lo expondremos), como en comprender cabalmente cómo funcionaba el “imperialismo liberal” en el siglo XIX (TRÍAS, 1975, p. 3).

¹⁴ “Carlos Machado y la ‘Historia de los Orientales’.” Reportaje publicado en *La Diaria* de Montevideo. Disponible en < <http://andrescapelandos.blogspot.com/2011/07/carlos-machado-y-la-historia-de-los.html> >. Acceso en 07 nov. 2014.

Es importante destacar aquí que para el pensamiento marxista, particularmente desde la formulación de la teoría del imperialismo por Vladimir I. Lenin, el capitalismo imperialista era una influencia a la que ningún país o lugar vinculado al mercado mundial podía escapar. Aunque no hubiese existido consejo o siquiera insinuación británica para poner en movimiento la invasión de Flores a Uruguay o la guerra contra el Paraguay, ambos eventos, por necesidad histórica, habían servido a los intereses de la principal potencia imperialista del momento, es decir Gran Bretaña, aun cuando hubiese podido ser sin propósito deliberado, o sólo “en última instancia.” En un número de *Cuadernos de Marcha* precisamente dedicado a Lenin, Eduardo Galeano rescataba la vigencia de la teoría leninista del imperialismo, aunque actualizándola con los aportes de la entonces muy en boga teoría de la dependencia, en la versión marxista desarrollada por Paul Baran y Paul Sweezy, Harry Magdoff, y especialmente André Gunder Frank (GALEANO, 1970). Fue Galeano, el “benjamín” de los miembros del equipo de redacción de *Marcha* (ALFARO, 1984, p. 52). hasta el golpe de 1973, quien luego en Argentina dirigiera la publicación *Crisis* y colaborara en la dirección de *Cuadernos de Crisis*—donde apareciera el artículo de Trías sobre Paraguay arriba mencionado—a quien tocó presentar la última expresión de la interpretación popularizada por *Marcha*, e inspirada en las antiguas páginas de Herrera, sobre las causas de la Guerra del Paraguay:

Hasta su destrucción, Paraguay se erguía como una excepción en América Latina: la única nación que el capital extranjero no había deformado [...] El Estado, omnipotente, paternalista, ocupaba el lugar de una burguesía nacional que no existía, en la tarea de organizar la nación y orientar sus recursos y su destino [...] La esponja imperialista no absorbía la riqueza que el país producía [...] Para sus vecinos, por otra parte, era una imprescindible condición, a los fines de la consolidación del estado oligárquico, terminar con el escándalo de aquel país que se bastaba a sí mismo y no quería arrodillarse ante los mercaderes británicos [...] El ministro inglés en Buenos Aires, Edward Thornton; participó considerablemente en los

preparativos de la guerra [...] Venancio Flores invadió Uruguay, en ancas de la intervención de los dos grandes vecinos, y estableció en Montevideo, después de la matanza de Paysandú, su gobierno adicto a Río de Janeiro y Buenos Aires. Brasil había cumplido con la función que el Imperio británico le había adjudicado desde los tiempos en que los ingleses trasladaron el trono portugués a Río de Janeiro (GALEANO, 2004, p. 245-251).

Estas líneas aparecieron en *Las venas abiertas de América Latina*, libro que desde su primera publicación en Montevideo en 1971 fue traducido a varios idiomas, tuvo múltiples ediciones y alcanzó notable popularidad internacional, y que podría considerarse representativo del modo de ver el presente y la historia que dominara en Uruguay, al menos hasta fines de la década de 1980, cuando la crisis del marxismo, asociada al derrumbe del “socialismo real”, puso en cuestión numerosas presuposiciones y certidumbres.

Durante el periodo de reconstrucción de las instituciones culturales que siguió a la finalización de la dictadura militar en 1985, el estudio de la Guerra del Paraguay y sus causas y las del involucramiento de Uruguay en ella fue otra vez—tal como en las últimas décadas del siglo XIX—desatendido por los historiadores uruguayos. Con excepción de ensayos publicados por algunos anteriores colaboradores del ya desaparecido semanario *Marcha*, como Ares Pons (1987) y Guillermo Vázquez Franco (1992), el tema no recibió mayor atención—si es que alguna—por las nuevas generaciones de historiadores. En este desapego posiblemente influyó el avance de la profesionalización en la disciplina, contrastante con el carácter más bien ensayístico de los estudios precedentes sobre el conflicto; un mejor acceso a traducciones al castellano de nuevas obras históricas producidas en otros países, que hasta cierto punto reducía la necesidad de publicar localmente trabajos de divulgación sobre esos países; y una marcada preferencia de las nuevas generaciones de historiadores por indagar la historia reciente del Uruguay.¹⁵

¹⁵ Sobre este incremento del interés por la historia reciente uruguaya, véase Sansón Corbo (2007).

Sin embargo, aunque hubiese disminuido el número de trabajos y hubiesen sido abandonados, o al menos quedado en entredicho, los agregados teóricos que desde mediados de siglo historiadores y ensayistas fueron haciendo a la interpretación de Herrera, ésta se mantenía en pie. Popularizada en los manuales de historia, recogida y difundida por el influyente semanario *Marcha* y sus *Cuadernos*, utilizada por historiadores y autores vinculados de un modo u otro a la experiencia de *Marcha* y, sobre todo, nunca objetada, la interpretación de Herrera perduró en el tiempo, y permanece vigente aún hoy, como la interpretación dominante en Uruguay sobre los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza.

Referencias

- ACEVEDO, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1933-1936.
- ALFARO, Hugo. *Navegar es necesario*. Quijano y el semanario “Marcha”. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1984.
- ARAUJO, Orestes. *Episodios históricos*. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1901.
- ARES PONS, Roberto. *El Paraguay del siglo XIX*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1987.
- ARREGUINE, Víctor. *Historia del Uruguay*. Montevideo: Imprenta y Litografía La Razón, 1892.
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José Pedro. *El joven Quijano (1900-1933)*. Izquierda nacional y conciencia crítica. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- CASAL, Juan Manuel. Uruguay and the Paraguayan War: The Military Dimension. In: KRAAY, Hendrik; WHIGHAM, Thomas (Orgs.). *I Die with My Country: Perspectives on the Paraguayan War*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2004, p. 119-139.
- CASAL, Juan Manuel. War of the Triple Alliance (1864-70). In: BRADFORD, James C. (Org.). *International Encyclopedia of Military History*. New York: Routledge, 2006, vol. 2.

CONTE, Antonio H. *Gobierno provisorio del General Venancio Flores y Guerra del Paraguay. Recopilación de documentos históricos, datos, correspondencias y extractos de la prensa desde febrero de 1865 hasta la terminación de la Guerra del Paraguay*. Montevideo: Imprenta Latina, 1897.

CUADERNOS DE MARCHA. *Paraguay: La guerra de Ayer*. Montevideo, n. 35, mar. 1970.

EL PARAGUAYO. Asunción, 28 oct.1945.

GALEANO, Eduardo. El imperialismo, medio siglo después. *Cuadernos de Marcha* n. 36, abr. 1970, p. 61-79.

GALEANO, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*, 76ª edición. México D. F.: Siglo XXI, 2004.

H. D. *Ensayo de historia patria*. 10ª edición. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1955, vol. 2, p. 201-217.

HERRERA, Luis Alberto de. *Antes y después de la Triple Alianza*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1990a.

HERRERA, Luis Alberto de. *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1990b.

HERRERA, Luis Alberto de. *El drama del 65: La culpa mitrista*. Buenos Aires: Ediciones Pampa y Cielo, 1965.

HERRERA, Luis Alberto de. *La diplomacia oriental en el Paraguay*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1989.

LICANDRO, Hugo. La Guerra del Paraguay (sus orígenes y la lucha diplomática). *Cuadernos de Marcha* n. 5 (*Guerra y revolución en la cuenca del Plata. Cinco años cruciales: 1863-1868*), set. 1967, p. 68-96.

MACHADO, Carlos. *Historia de los Orientales*, 3ª edición. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1973.

MARCHA. Montevideo, 13 set. 1946.

MARCHA. Montevideo, 19 jul. 1946.

MARCHA. Montevideo, 26 jul. 1946.

MARCHA. Montevideo, 27 set. 1946.

MARCHA. Montevideo, 30 ago. 1946.

PARTIDO COLORADO. *La Defensa de Montevideo y la Guerra del Paraguay. Discursos de los diputados Ubaldo Ramón Guerra y Julio María Sosa*. Montevideo: Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado, 1907.

PAULA COUTO, Cristiano Pinheiro de. *Cuadernos de Marcha (Primeira Época, Montevideu, 1967-1974): uma “trincheira de idéias” desde o Uruguai para o mundo*. Tesis (Maestría en Historia) - UFSC, Brasil, 2008.

PEIRANO BASSO, Luisa. *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus Cuadernos*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2001.

PINTOS, Francisco R. *Batlle y el proceso histórico del Uruguay*. Montevideo: Claudio García y Cía. Editores, 1938.

PINTOS, Francisco R. *Historia del Uruguay (1851-1938)*. Ensayo de interpretación materialista. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1946.

PIVEL DEVOTO, Juan E. *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*. Montevideo: Tipografía Atlántida, 1942-1943.

PIVEL DEVOTO, Juan E.; RANIERI DE PIVEL, Alcira. *Historia de la República Oriental del Uruguay*. 2ª edición. Montevideo: Editorial Medina, 1956.

RAMA, Ángel. *La generación crítica (1939-1969)*. Montevideo: Arca, 1971.

REAL DE AZUA, Carlos. *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo: Universidad de la República, 1964.

REAL DE AZUA, Carlos. *Herrera: el nacionalismo agrario (Enciclopedia Uruguaya, vol. 50)*. Montevideo: Editores Reunidos y Editorial Arca, 1969.

REALI, Laura. Los intercambios epistolares entre Herrera y O'Leary. In: CASAL, Juan Manuel; WHIGHAM, Thomas L. (Orgs.). *Paraguay en la historia, la literatura y la memoria*. Asunción: Tiempo de Historia, 2011.

ROSA, José María. ¿Cómo se complicó la Argentina en la Triple Alianza?. *Cuadernos de Marcha*. Montevideo, n. 35, p. 5-29, 1970.

ROSTOVSKI, S. N.; MIROSHEVSKI, V. M., RUBTSOV, B. K. *Nueva historia de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Problemas, 1941.

SANSON CORBO, Tomás. La producción historiográfica sobre historia del pasado reciente en Uruguay. *Humanidades*. Montevideo, año VII, n. 1, p. 49-80, dic. 2007.

SCHELCHKOV, Andrei. Los estudios latinoamericanos en Rusia (y en la URSS). *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*. Amsterdam, n. 72, abr. 2002.

TRIAS, Vivian. El Paraguay, de Francia el Supremo a la Guerra de la Triple Alianza. *Cuadernos de Crisis*. Buenos Aires, n. 19, 1975.

VAZQUEZ FRANCO, Guillermo. El Paraguay que va a la guerra. In: VAZQUEZ FRANCO, Guillermo; CASAL, Juan Manuel. *Historia política y social de Iberoamérica*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1992, vol. 2, p. 7-29.

ZUBILLAGA, Carlos. Del autoanálisis a la confesión: la historia como militancia contestataria. In DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora (Orgs.). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2004.

ZUM FELDE, Alberto. *Evolución histórica del Uruguay*: Esquema de su sociología. 3ª edición. Montevideo: Maximino García, 1945.

